

LA FAMILIA

EDUCAMOS PARA LA ALEGRÍA

ÁNGELA ORDÓÑEZ CARABAÑO*

Fecha de recepción: junio de 2016

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2016

RESUMEN

La educación en valores, para la convivencia y para la relación: con nosotros y con los otros es, habitualmente, fuente de quebraderos de cabeza para muchos padres. En ocasiones perdemos el horizonte último de lo que hacemos en el día a día y necesitamos recordar que alimentamos la inquietud intelectual de los niños y adolescentes, desarrollando su capacidad para razonar, apuntando hacia aquellos valores que les harán ser mejores personas, pero siempre porque sabemos que todo eso son medios que, bien vividos, los acercarán a la Alegría.

PALABRAS CLAVE: familia, afectividad, adolescencia, infancia, parentalidad.

WE EDUCATE FOR JOY

ABSTRACT

Ethics and values, for cohabiting and for the relationship: with ourselves and with the others usually causes serious headaches for many parents. At times we lose sight of what we are doing in our day-to-day and need to remember that we

* Psicóloga. Profesora del Programa EDUCADEMOS de la Cátedra de Familia y Discapacidad. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <aordonez@comillas.edu>.

nourish the intellectual curiosity of our children and adolescents, developing their ability to reason, pointing out values that will make them better people, but always because we know that these are all means of bringing them closer to Joy, if experienced in the right way.

KEY WORDS: family, affectivity, adolescence, childhood, parenthood.

«Solo tiene derecho a esperar lo imposible
aquel que se ha comprometido a fondo
en la realización de lo posible».

– M. de Unamuno

La educación, en tantas ocasiones fuente de disgustos y desgastes, nos obliga a apuntar a un horizonte más lejano que el del acto concreto de educar mediante un consejo o una sanción. Es necesario mirar un poco más lejos para no perder la ilusión ni olvidar el valor de tan necesaria y ardua tarea.

Todo padre, si pudiera elegir una sola cosa para sus hijos en esta vida, nos diría que su sueño es que puedan ser felices. Y que, independientemente de lo que la vida les depare, logren encontrar su lugar en este mundo y, con ello, experimenten la alegría honda, no pasajera, del que está donde tiene que estar, con quien tiene que estar y haciendo lo que tiene que hacer.

Por tanto, me atrevo a partir del presupuesto de que únicamente educamos a las generaciones posteriores con el objetivo de que puedan ser felices. No educamos para que sean los más listos, ni los mejor formados, ni los que más brillen, sino, única y exclusivamente, para que sean felices. Les educamos alimentando su inquietud intelectual, desarrollando su capacidad para razonar, apuntando hacia aquellos valores que les harán ser mejores personas, pero siempre porque sabemos que todo eso son medios que, bien vividos, los acercarán a la alegría.

En ocasiones, sin embargo, las dificultades propias del esfuerzo por ser referente y autoridad en educación nublan el horizonte último que perseguimos, y necesitamos recordarnos para qué hacemos lo que hacemos: Educamos para la Alegría.

1. Ahora que sabemos para qué, la pregunta es: ¿cómo?

«¿Qué hay que hacer?», dijo el Principito.
“Hay que ser paciente –respondió el Zorro–.
Primeramente te sentarás en la hierba
un poco lejos de mí, así, en la hierba.
Yo te miraré por el rabillo del ojo, y tú no dirás nada”¹.

Una de las preguntas que más he escuchado de los padres es: «¿Qué puedo hacer para que mi hijo sea feliz?» Y siempre pienso que es la pregunta más difícil que me pueden hacer, porque la felicidad, la alegría honda, la de verdad, no la que dura unas horas, esa solo puede nacer de dentro, no te la puede dar nadie.

Hay, sin embargo, algunas características personales que facilitan que esa alegría nazca de dentro, y en ellas sí tienen cierta mano las personas de referencia que tenemos cerca en los primeros años de nuestra vida, las que nos ayudan a construirnos como personas. Se trata, en este caso, de sembrar confiando en que esa siembra les convierta en personas íntegras, fuertes, con una estructura interna sólida, capaces de tomar decisiones, de no ser personas dependientes, de vivir esperanzados y positivos ante la adversidad. En eso, como padres, sí tenéis mano, pero tendréis que confiar en que todo ese trabajo dé frutos de alegría en el futuro, porque en su alegría y en su futuro no tendréis mano alguna.

Desde el punto de vista evolutivo y de socialización, la familia es el contexto prioritario de desarrollo, educación y competencia. En su reciente exhortación apostólica *Amoris laetitia* (AL), el papa Francisco ha querido reafirmar el papel de la familia como primer lugar donde aprendemos a «colocarnos frente al otro, a escuchar, a compartir, a soportar, a respetar, a ayudar y a convivir»².

-
1. A. DE SAINT-EXUPÉRY, *El Principito*, Latinoamericana, México, D.F. 1998, p.46.
 2. PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Amoris laetitia*, 19 de marzo de 2016, n. 276.

Todos nos hemos encontrado en algún momento con personas que permanecen impasibles ante las mejores noticias, incapaces de celebrar nada de lo que acontece en sus vidas ni en las de quienes les rodean, personas que parecen de hielo. Y, en el polo opuesto, aquellos que, ante las mayores adversidades, siguen caminando con cierto poso de serenidad y esperanza. No tenemos en nuestra mano el poder para garantizar el futuro de nadie; y, aunque lo tuviéramos, debemos contar con que, por muy positivas que fueran las circunstancias, ni siquiera nos garantizarían que quien tiene que vivirlas vaya a hacerlo con alegría: esa será su elección. Centraré mi atención, por tanto, en aquellos elementos en los que pueden incidir las familias para educar a sus hijos de manera que desarrollen al máximo posible su capacidad para la alegría.

2. Educar el miedo construyendo la casa sobre roca³

«El niño elige la seguridad, el hombre elige el sufrimiento.
El dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces»⁴.

Ya indica Julián Marías, en su célebre reflexión sobre la felicidad humana⁵, que todo lo que hacemos en esta vida es para intentar ser felices; y añade: «la fuente principal de felicidad son las personas, las otras personas». La felicidad está ligada a la condición amorosa del hombre, capital para que sea feliz, y esto genera un punto grande de inseguridad. Y el hombre prefiere la nada a la inseguridad, porque la inseguridad, la incertidumbre y la intemperie... nos dan miedo.

En contra de la creencia generalizada, la tristeza no es enemiga de la alegría; ambas son emociones que, vividas con hondura, pueden coexistir⁶.

3. Mt 7, 24.

4. Cita de la película *Tierras de Penumbra*.

5. J. MARÍAS, *La felicidad humana*, Alianza, Madrid 1989.

6. L. S. GREENBERG – L. RICE – R. ELLIOTT, *Facilitando el cambio emocional: el proceso terapéutico punto a punto*, Paidós, Barcelona 1996.

El miedo, sin embargo, sí puede convertirse en obstáculo. Algunos temores son de tal calado que las personas que los sufren acaban por vivir atormentadas anticipando fracasos, incapaces de celebrar nada ni de sorprenderse, porque siempre hay para ellas algún nuevo riesgo que acecha a la vuelta de la esquina. El miedo, por tanto, necesita ser educado desde el principio, para no permitirle tomar las riendas.

¿Qué miedos pueden impedir que vuestros hijos vivan con alegría?

- Miedo al amor: a no ser amados, a la soledad, a la intimidad, al rechazo.
- Miedo a la muerte: a la enfermedad, a la pérdida, a las despedidas, a los fracasos.
- Miedo a la vida⁷: a no encontrar su lugar, a la rutina, a las esclavitudes.

Estas realidades existen; lo importante no es si se dan o no. De hecho, todas acontecerán en mayor o menor medida. La cuestión es si podemos encontrar alternativa al miedo a la hora de vivir esas condiciones tan humanas. En algún momento, vuestros hijos no serán amados y se sentirán solos, se juzgarán perdidos y se preguntarán si han encontrado su lugar en este mundo y vivirán la muerte y la pérdida. Sabiendo que todo esto, inevitablemente, lo van a vivir y que nadie se lo puede (ni debe) ahorrar, vuelvo a la pregunta de tantos padres: «¿Qué puedo hacer para que mi hijo sea feliz?»: Ayúdale a vivir sin miedo al amor, sin miedo a la muerte y sin miedo a la vida. No será fácil, pero es lo más valioso que puedes hacer por él.

7. «Llegó con tres heridas: la del amor, la de la muerte, la de la vida»: Miguel Hernández.

3. Miedo al amor

«Todos deberíamos ser capaces de decir,
a partir de lo vivido en nuestras familias:
“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene”»⁸.

– *Amoris laetitia* 290

Para presentar este universal temor voy a contar la historia de Lucía⁹:

«Lucía tiene 11 años, y le gusta Pedro. Acaban de empezar 1º de la ESO y les han sentado juntos en clase. Ella es tímida; Pedro es más sociable, no es el líder de la clase, pero de ese grupo de chicos... Anoche hablaron por *WhatsApp*, Pedro le dijo que quedaran en la escalera que baja al gimnasio después de comer: a esa hora no habrá nadie; han acordado “rollo”, y Pedro le preguntó hasta dónde puede llegar: “¿Puedo tocarte debajo de la ropa? Sí-no... ¿Y debajo de la ropa interior? Sí-no...”.

Lucía no sabía bien qué contestar: “Y si le digo que no a algo de lo que me pide... ¿ya no se liará conmigo? Si yo le digo que no, Marta, la de 1º B, seguro que le dice que sí. Y el caso es que no sé si quiero; de hecho, hay ratos que me apetece, y otros que no... Y si le digo que sí por escrito, ¿es como un contrato?; ¿le tengo que dejar mañana? Si no le dejo tocarme, ¿querrá volver a liarse conmigo? Pedro me gusta mucho... es solo que no sé hasta dónde quiero llegar...”.

Finalmente, le contesta que sí, a todo lo que le pregunta, no vaya a ser que Pedro se eche para atrás y se busque a otra.

Pedro está con dos compañeros de clase, riéndose con ellos mientras mantiene la conversación con Lucía. Su amigo Javi le jalea: “Pídele una foto desnuda, seguro que ahora mismo te la manda”.

8. 1 Jn 4,16.

9. Historia ficticia para ilustrar situaciones comunes en la adolescencia actual.

3.1. Educar la afectividad

«Perdemos la memoria de las palabras, pero no la memoria de las emociones»¹⁰.

La historia de Lucía y Pedro no es una historia real, pero no se aleja mucho del pan de cada día en los inicios afectivos de los adolescentes de hoy; y, sin ser ingenuos, esta historia no es la excepción, sino más bien el reflejo de la norma.

Sus primeros encuentros (y los siguientes) van a ser acordados por *WhatsApp*. Podemos llevarnos las manos a la cabeza y enarbolar una bandera en defensa del retorno al romanticismo; podemos también negarlo enfurecidos, blindando la imagen de nuestros hijos como santos inmaculados, o asumir que esto está siendo así, con la mirada un poco libre de juicios, y ver de qué manera les ayudamos a gestionarlo.

La respuesta prototípica del adulto será: «No dejes que nadie te toque si no quieres». Esta lectura tiene un problema de base, y es que Lucía no sabe si quiere... De hecho, hay ratos que quiere, y otros que no; a veces por *WhatsApp* sí que quiere, pero en persona ya no. Porque la fantasía nos permite llegar a lugares que no siempre desearíamos pisar en la realidad.

Sabiendo, además, que la situación que se da en la *historia de Lucía* es lo menos que puede pasar. Las cosas se complican (y ocurre a diario), con pantallazos de la conversación que Pedro o Lucía difunde por otros grupos de *WhatsApp* perdiendo el control y el alcance. Y al día siguiente, en el colegio, tenemos a una niña de 11 años juzgada y humillada y a un niño *macho alfa* ensalzado y aplaudido..., cuando en realidad ninguno de los dos quiso llegar a tal extremo, sino solo darse cuatro besos furtivos en el recreo y descubrir qué es eso de empezar a amar y ser amado.

Pedro y Lucía son la generación del acceso todopoderoso a la información. Tienen a su alcance todo el conocimiento que se les antoje, y lo van a buscar; es más, lo deben buscar, porque lo desconocido nos atrae con

10. A. MAALOUF, *Los desorientados*, Alianza, Madrid 2012.

su fuerza arrolladora, y la inquietud y la curiosidad son indicadores de un desarrollo evolutivo saludable¹¹.

El papel de los adultos ya no va a ser facilitar información, pero sí regular su acceso a ella. No se trata, como les decían a los padres de los '80, de sentar a los adolescentes un día y tener *la conversación* para explicar cómo vienen al mundo los niños. Esa información ya la tienen... El problema será el volumen y la distorsión de los contenidos a los que acceden. A los adultos les corresponde organizar esa información, clarificar cuál es real y cuál forma parte del cine, qué lleva a la distorsión extrema de la realidad y qué información es mejor que no sigan viendo para no alimentar expectativas falsas de lo que serán sus encuentros sexuales futuros. Es importante explicarles por qué algunas imágenes pueden dañarles y poner todos los medios necesarios para bloquearlas en casa y en sus teléfonos; lo que salga de esos límites escapa a vuestro control, pero no de puertas adentro. Por lo tanto, si acceden a esa información, que no sea de forma reiterada y habitual porque vosotros se la habéis puesto en bandeja. Ellos no tienen capacidad para regularse en muchos ámbitos de su vida, sino que irán adquiriéndola gradualmente, como todo; pero necesitarán a los adultos para decidir qué información es buena y cuál no. Se trata de que sepan que hay imágenes que distorsionan nuestra manera de ver la vida y que, mientras esté en vuestra mano limitar su acceso, será vuestra responsabilidad.

En el mundo de hoy, todo habla de sexualidad, mientras que las familias y los educadores guardan silencio. La familia guarda silencio porque es lo que hicieron con ellos, y es un tema difícil de abordar; y los educadores guardan silencio, en muchos casos, por miedo a que las familias no estén de acuerdo con sus planteamientos y se dé algún tipo de enfrentamiento... Finalmente, nadie habla: unos delegan en el colegio; el colegio delega, a su vez, en la familia... Como consecuencia, «menores muy informados, pero con conocimientos imprecisos, banales y no legitimados por la familia»¹².

11. J. PALACIOS – A. MARCHESI – C. COLL, *Desarrollo psicológico y educación*, Alianza, Madrid 2004.

12. F. LÓPEZ. *Ética de las relaciones sexuales y amorosas*, Pirámide, Madrid 2015.

3.2. Educar la intimidad

«Ese baño de sombra y de soledad,
durante las doce horas de carretera que me aguardan,
no va a dejar mi alma intacta.
Sé que de ese baño saldrá mi alma
sobrecargada de fragmentos de verdades descubiertas.
¡Tremenda y querida soledad en que se me revela,
difusa, la verdad de las cosas!»¹³.

Retomando la *historia*, no sabemos qué responde Lucía a la petición final de Pedro; el desenlace queda abierto, y tal vez, llegados a este punto, hay algunos aprendizajes previos que podrían ayudar a ambos adolescentes en la gestión de esta conversación.

En primer lugar, «una educación sexual que cuide un sano pudor tiene un valor inmenso... resguarda su interioridad y evita ser convertida en puro objeto» (AL, 282). Es importante transmitir la idea de intimidad como lugar donde proteger cuestiones valiosas de nuestra vida y que, por tanto, no deben ser ocultadas al mundo, pero tampoco podemos abrir sus puertas, permitiendo que lo íntimo se convierta en terreno público al que cualquiera tenga acceso.

3.3. Educar la confianza

«Quien no tiene suelo bajo sus pies
tampoco tiene Dios»¹⁴.

Será necesario, pues, promover en las familias una confianza realista, no selecta pero sí selectiva, para discernir bien a quién queremos dar acceso a lo íntimo y, de todo lo que hay en el cajón de la intimidad, a cuánto queremos dar acceso. Sin caer en lecturas reduccionistas ni polarizadas de la confianza, muy típicas de la adolescencia: «si confías en mí, tengo que saberlo todo de ti y tengo que ver y tocar todo de ti».

13. A. DUVAL. *El niño que jugaba con la luna*, Sal Terrae, Santander 2016⁴.

14. F. DOSTOIEVSKI, *El idiota*, Alianza, Madrid 2012.

En esto, como en todo, el aprendizaje vicario a partir de lo observado en la familia será vital, ya que «el desarrollo afectivo y ético requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza... con el afecto y el testimonio» (AL 263). Si no nos ejercitamos en hablar de lo íntimo en la familia, no podemos pretender que, cuando lo necesiten y llegue el momento, puedan plantear sus dudas e inquietudes sobre sexualidad; si lo íntimo hasta entonces ha sido tabú, la sexualidad lo será también. Si nunca han escuchado a sus padres hablar de cuestiones tan íntimas como el miedo, la vergüenza, la fe o el amor, los niños no aprenderán a conectar con esos sentimientos, a mirarlos sin pudor, a ponerles palabra y compartirlos. Y, de ser así, entenderán que todo lo relacionado con su mundo interior es mejor que quede ahí, *a buen recaudo*, y la sexualidad, en la medida en que vaya tomando forma como dimensión íntima, también quedará en el cajón de aquellas cosas de las que es mejor no hablar.

4. Miedo a la muerte

«It is hard to have patience with people who say:
“there is no death” or “death doesn’t matter”.
There is death. And whatever is matters.
And whatever happens has consequences,
and it and they are irrevocable and irreversible»¹⁵.

En ciertas ocasiones la muerte irrumpe en la vida del niño, atormentándolo con la posibilidad de lo efímero, en su propia vida o en la de aquellos a los que quiere y que son su fuente de seguridad y estabilidad. La muerte, en esos casos, trae abruptamente el fin de la inocencia, y los esfuerzos de los adultos por edulcorar la crudeza de la vida, de repente, resultan insuficientes.

15. C. S. LEWIS. *A grief observed*, Seabury Press, New York 1961.

4.1. *Educación de las despedidas*

«Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero...
 “Platero, amigo! –le dije yo a la tierra–, ¿me habrás, quizá, olvidado?
 Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?”¹⁶.

Será necesario acompañarles también en los duelos y, de la misma manera que gradualmente incorporamos información sobre afectividad, progresivamente también deberemos permitirles conocer, entender y afrontar por sí mismos las pérdidas y las despedidas. No me refiero aquí tan solo a las muertes, sino a todos los finales de las cosas buenas que tiene la vida y que no duran eternamente: las celebraciones, los viajes, los juegos, los abrazos, los encuentros... Todo tiene un principio y un final, y poco a poco tendremos que enseñarles que estos ciclos son parte indisoluble de la vida y educar así la paciencia en las esperas, la esperanza en los finales, y el recuerdo fiel en las pérdidas.

Para ello serán imprescindibles los testimonios de las figuras de autoridad y lo que perciban de ellas en su manera de afrontar la vida. Incide también en esto el papa Francisco cuando afirma que «una educación que deja de lado la sensibilidad por la enfermedad humana aridece el corazón; y hace que los jóvenes estén “anestesiados” con respecto al sufrimiento de los demás, incapaces de confrontarse con el sufrimiento y vivir la experiencia del límite» (AL 277).

4.2. *Educación de los fracasos*

«Hay momentos en que la verdad es tan difícil de reconocer que solo el sufrimiento puede, como un ciego, servirla»¹⁷.

– *Madeleine Delbrél*

Se ha hablado extensamente de la delgada línea entre protección y sobreprotección, entre amor incondicional y sobreimplicación emocional, y de los riesgos que los excesos conllevan.

16. J. R. JIMÉNEZ, *Platero y yo*, EDAF, Madrid 2003, p.97.

17. M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997.

Es importante que la educación esté encaminada a que el niño se haga una persona autónoma en el mundo. Será necesario mantener expectativas elevadas sobre ellos, pero siempre sabiendo que *expectativas* es distinto de *exigencia* y transmitiendo el mensaje de que el fracaso forma parte del camino para todo aquel que da pasos. La tarea del adulto es, por tanto, enseñar al niño a vivir. La actitud del adulto no puede ser nunca desesperación, porque el niño no aprende. Quizá tendréis que decir las cosas infinitas veces, y vuestros hijos fracasarán; pero si continuáis repitiendo aquello que deseáis que aprendan, las veces que haga falta, con consistencia y claridad, aprenderán también que su valía como personas permanece intacta, independientemente de si tienen o dejan de tener éxito.

4.3. *Educar la culpa*

«Advirtió que los niños tienen ineluctablemente la culpa de aquellas cosas de las que no tiene la culpa nadie»¹⁸.

En la línea de la propuesta sobre los fracasos, y recordando que el objetivo es educar para que en el futuro sean adultos libres de miedos innecesarios y capaces de vivir con alegría, merece una mención especial la culpa. Toda religión, de una manera o de otra, contempla el ámbito de lo prohibido por ser considerado dañino para el hombre. En la forma de entender la renuncia reside también el secreto de la posterior experiencia de culpa o plenitud. Para las personas no va a ser lo mismo renunciar a un bien porque *está prohibido* que renunciar a ese mismo bien porque *hay un bien mayor*. La primera experiencia solo desencadena culpa cuando se yerra en el camino; la segunda experiencia genera vergüenza por haber perdido el bien deseado. Pero la vergüenza posibilita el cambio, mientras que la culpa añade al hombre un peso mayor incluso que el de la propia pérdida.

Será de vital importancia plantear los castigos (cuando sean necesarios) encaminados hacia una sana vergüenza, cuando la conducta del niño pueda dañar a otros o a uno mismo, y procurar que los castigos vayan

18. M. DELIBES, *El camino*, Destino, Madrid 2003.

encaminados, si es posible, a reparar el daño causado, descartando así culpas innecesarias que solo llevan a una experiencia de indignidad y desproporción. A los hijos no solo les llegará el castigo concreto tras una acción, sino el mensaje de que han hecho algo que les daña y que eso os importa, porque ellos os importan, y por eso los castigáis. No son menos valiosos, ni indignos, ni pierden nada de vuestro amor.

5. Miedo a la vida

«La libertad no se puede experimentar en el mismo lugar donde uno ha sido esclavo».

– *Imre Kertész*

Toda persona busca responder a las grandes preguntas de la vida: nuestro origen, nuestra muerte y qué se espera de nosotros entre lo primero y lo segundo. Toda vida tiene un horizonte. Quizá no podamos conocerlo de antemano, ni siquiera intuir lo correcto o incorrecto de nuestras elecciones; será después de toda una vida, volviendo la vista atrás, cuando podamos decir que la vida tuvo sentido, que recibimos aquello que deseamos y que quizá recibimos más de lo que buscamos.

5.1. Educar la búsqueda de sentido

«Por todo el mundo resuena el grito del corazón del artista: “Permíteme hacer todo aquello de lo que soy capaz”»¹⁹.

La familia es el lugar privilegiado donde conocer la experiencia de unidad y vinculación con otros. Pero la unidad, llevada al extremo, puede convertirse en exigencia de uniformidad. No cabría entonces el pensamiento crítico, la duda, la pregunta, la búsqueda personal y la elección, tan necesarios para encontrar algunas respuestas que solo pueden ser accesibles de manera individual y que nadie más que la propia persona puede conocer.

19. Cita de la película *El festín de Babette*.

5.2. Educar la rutina

«Habría sido mejor que volvieses a la misma hora –dijo el zorro–. Si vienes a las cuatro de la tarde, desde las tres yo me sentiré feliz. Pero si llegas a cualquier hora, jamás sabré cuándo preparar al corazón... Los ritos son necesarios»²⁰.

Dice Ron Rolheiser, en una reflexión sobre el poder de los rituales en el contexto familiar, que «el ritual sostiene al corazón, no a la inversa». Será la fidelidad a la rutina de la vida de cada día, no la luna de miel, lo que en definitiva mantenga un hogar. Es «la fidelidad a estar simplemente en la comida del fin de semana, sencilla, rápida y distraída, no la enorme celebración o el suntuoso banquete, lo que sostiene la vida de familia».²¹

La rutina nos salva del caos y nos vincula a la tierra, liberándonos de la sensación de permanente caída libre o de eterno comienzo. Pero, en esta vorágine de un mundo cambiante, la rutina puede vivirse, en lugar de como aliada, como vil traicionera que abre camino al aburrimiento y el hastío. En la generación de la hiperestimulación, donde cada vez hay que ser más creativos para entretenerlos y mantenerlos activos intelectualmente, tendremos que enseñar, desde la familia, a perder el miedo al aburrimiento y a los tiempos muertos. Es imposible permanecer constantemente activo y entretenido; y, de hecho, el aburrimiento, como puerta para el silencio, la soledad, el recogimiento y la búsqueda interior, puede ser la pista de salida para un sinfín de preguntas y diálogos. Pero tendremos que permitir que aparezca.

20. A. DE SAINT-EXUPÉRY, *op. cit.*, p. 47.

21. R. ROLHEISER, *El poder del beso o el abrazo ritual*, en línea, <http://www.ciudadredonda.org/articulo/pdf/id/5227> (Consulta el 3 de junio de 2016).

5.3. Educar la voluntad para que dé paso a la acción

«Crear que somos buenos solo porque “sentimos cosas”
es un tremendo engaño.

Hay personas que se sienten capaces de un gran amor
solo porque tienen una gran necesidad de afecto,
pero no saben luchar por la felicidad de los demás,
encerrados en sus propios deseos».

– *Amoris laetitia* 145

Obras son amores... la sabiduría del refranero español nos ilustra otro de los elementos a tener en cuenta en la educación: la importancia de los actos concretos y reales que materialicen las buenas intenciones y motivaciones. Podemos tener muy buena disposición hacia los demás, pero la inclinación que sentimos hacia determinado valor no se convierte en una virtud sin actos.

Atreverse a ser feliz tiene un punto grande de riesgo, incertidumbre y posibilidades de fracaso. Dice Julián Marías que «la mayor parte de las personas no se atreven a ser felices, por miedo a la inseguridad, por miedo a la infelicidad. Lo más importante es atreverse a ser feliz, aunque no se sea, aunque no se consiga, aunque la felicidad se frustre. Siempre hay en el hombre una capacidad de renacer»²².

6. Consideraciones finales

«Protegedme de la sabiduría que no llora,
de la filosofía que no ríe
y de la grandeza que no se inclina ante los niños».

– *Khalil Gibran*

Los niños tienen tanto que enseñarnos que sería terrible no aprender de ellos: de su capacidad infinita para perdonar, para crear, para sorprenderse, para hacerlo todo nuevo, para mirar la vida libre de bagajes. De-

22. J. MARÍAS, *op. cit.*

bemos tomar en serio sus reflexiones, sus búsquedas y sus preguntas. No creernos en posesión de la verdad y «guardarnos de pretender que (los adultos) estamos en un lugar desde el que cada cual puede juzgar a la tierra entera»²³. Es inevitable que cada niño nos sorprenda con los proyectos que broten de su propia libertad y nos rompen los esquemas²⁴. Dejemos que, con su manera nueva de hacer las cosas, sean también ellos los que nos eduquen a nosotros para la Alegría.

23. M. DELBRÊL, *op. cit.*

24. PAPA FRANCISCO, *op. cit.*, n. 262.